

Pierres de Axular y las cuevas de Salamanca

No hace mucho tiempo que una revista de San Sebastián ha reproducido la traducción castellana de una leyenda publicada por Vinson y copiada por Sorarrain y otros autores de bibliografía, en la cual aparece Pierres de Axular como alumno del demonio y burlador de su maestro.

El origen de esta leyenda y la creencia en las cuevas mágicas de Toledo y Salamanca van mezclados con la fábula del fin del imperio de los godos y era conocida en Navarra desde los tiempos de D. Fray García de Eugui, Obispo de Bayona, quien dice en su «Corónica»: «Et abia estonces en Toledo vn palacio que vn Rey ficiera encerrar, et puso y vn cadenado e puso por fuero e por ley que ningua abriese aquel palacio e que cada rey que viniessse pussiessse ally su cadenado.....,

Esta fábula repetida por casi todos los historiadores de la Edad Media y consignada por D. Fray García, que era vasco, confesor de Carlos III de Navarra y Obispo de Bayona, refleja el estado de los conocimientos de aquella época en Euskalerrria; y si este criterio sobrenaturalista lo adopta persona de tal categoría, no es extraño que el pueblo creyese como artículo de fe todo lo concerniente á la intervención de los espíritus en los sucesos históricos y aun en las relaciones ordinarias de la vida.

En el siglo XVI varía la esencia de esta creencia vulgar: ya no es una cueva misteriosa en la que el dedo de Dios por medio de Hércules, ha fijado el destino de los pueblos; sino es Asmodeo quien sienta cátedra en ella y enseña directamente, no sólo la magia, sino la teología y las letras humanas.

La especie de la cueva de Salamanca se halla entonces apoyada por algunos escritores demonógrafos (Del Río, Torreblanca, etc.) En tiempo del maestro Feijóo persistía la

creencia de que el demonio enseñaba por sí mismo las artes mágicas, admitiendo en su curso siete discípulos con el pacto expreso de quedarse con uno de ellos en cuerpo y alma, como precio de su trabajo.

La primera persona á quien se atribuye el hecho de haber burlado al demonio, es Enrique de Villena,

«Aquel claro padre, aquel dulce fuente
Aquel que en el castalo Monte resuena.....»

el que

«.....ovo noticia filosofando
del movedor y los conmovidos
de huego, de rayos, de son, de tronidos
y supo las causas del mundo velando».

No es extraño que se atribuyese á Villena esta hazaña, aun á trueque de caer en anacronismo, pues siempre tuvo fama de nigromante y fama fundamentada, por más que Nicolás Antonio y Feijóo quieran decir otra cosa.

En un manuscrito regalado por don Adolfo de Castro á la Academia Española (Cartapacio. Primera parte de algunas cosas notables recopiladas por don Gaspar Garceran de Pinós y Castro, Conde de Guimeran, año de 1600, cit. por Menéndez Pelayo, Heterodoxos) se lee: «que la opinión del vulgo acerca de la mágica que se aprendía en las cuevas de Salamanca de la suerte que cuentan que entraban siete y estaban siete años y no veían al maestro y después que no salían sino seis, y que habían de hurtar la sombra á aquél y no estar otro tanto tiempo, he oído á personas curiosas y de buen juicio refutar.... que nunca se leyó de tal suerte, sino que decir en cuevas es por ser así llamadas las bodegas en Castilla; y que como se prohibiese leer en público esa facultad, la mala inclinación nuestra y estar los maestros perdidos, que no sabían cómo vivir, inventó que escogían para perpetuar su mala semilla los mejores secretos de sus estudios..... y de secreto, de noche, en las bodegas les leían y por ser á esta hora decían no ver al maestro».

Menéndez Pelayo trae una lista de obras literarias inspiradas en esta creencia.

«En cuanto á la fábula de la cueva de San Cyprian, es-

cribe el catedrático de Humanidad don Juan de Dios al maestro Feijóo, lo que hemos podido averiguar es, que adonde la cruz de piedra, en el atrio ó plazuela que llaman del Seminario de Carvajal, había una iglesia parroquial llamada de San Cyprian, la cual está unida con la de San Pablo. En ella había una sacristía subterránea, á modo de cueva, que se bajaban unos veintitantos pasos, la cual era muy capaz y vistosa.

En ésta hubo un sacristán, que enseñaba arte mágica, astrología, judiciaría, geomancia, hydromancia, chyromancia, necromancia. Los siete primeros discípulos que tuvo el tal maestro propusieron qué estipendio se le daría y acordaron determinada cantidad, y echaron suertes entre los siete á cuál había de tocar pagar por todos, pactando primero que al que tocase pagar, si no pagaba pronto, había de quedar detenido en un tránsito ó aposentillo que había en la misma sacristía hasta que sus amigos se lo prestasen, ó se lo enviasen de su tierra; y que habiendo otros siete discípulos, los nuevos hubiesen de hacer lo mismo; y creciendo el número, siempre para la paga se procediese por el número septenario.

Sucedía que unos podían pagar luego, y otros no, y así solían estar detenidos ó presos, tres ó cuatro juntos. Duró esto tres ó cuatro curias, en una de las cuales vino un hijo del Marqués de Villena y como en el sorteo los compañeros le barajasen la suerte, pagó una vez por todos. Pero haciendo con él la misma trampa segunda vez, quiso ser de los detenidos, pero fué para hacer una pesada burla al maestro, sin ser bastantes á estorbarla cuantas artes sabía, y desde entonces cesaron dichos estudios en la cueva ó sacristía. Sucedió esto por los años de 1322, ciento y veintidos años después de fundada la Universidad.

Porque se deseara saber la burla del Marqués de Villena, de quien se dice hizo entonces invisible, según en un manuscrito antiquísimo hallamos, fué de esta forma: advirtiendo que falta una, ú otra cláusula porque el manuscrito está allí ilegible.

En un aposentillo determinado para cárcel de los que no podían pagar de contado, á un rinconcillo estaba una tinaja de agua, hendida, por cuya razón estaba vacía: encima de la tapadera había unos trastos de la misma sacristía. En ella se metió, y con maña dispuso que los trastos se volviesen á quedar como estaban. La tinaja debía ser más que mediana, y él no

debía de ser muy alto, pues cupo en ella agachado. Era tiempo que el criado viniese á traer luz y cena; y un amigo que venía acompañándole, y el sacristán ó bachiller con él, porque tenía la llave del tal aposentillo con candado de por fuera. Abrieron, y, no viéndole, quedaron suspensos, no, sabiendo cómo se hubiese salido. Encima de una mesa había uno ó dos libros abiertos de arte mágica y no dudaron mucho de que la hubiese puesto en práctica. Saliéronse, no cuidando de cerrar la puerta. El criado y el amigo cada uno se fué para su casa, el bachiller se subió á su cuarto y todos con el susto del desaparecimiento. El Marqués, luego que vió que se habían ido, se salió de la tinaja, y cuando presumió que el bachiller y muchachos estarían ya dormidos, se subió por la sacristía. En la puerta estaban colgadas las llaves de las alhacenas y cajones y llevóselas de camino. En la iglesia, con la luz de las lámparas, reparó en un altar de un Santo Cristo que tenía cortinas; subiósese á él y metióse detrás de ellas hasta la mañana que el un muchacho salió á abrir la puerta principal de la iglesia; y así que el muchacho se volvió para adentro y comenzó á bajar algunos pasos para la sacristía, se bajó del altar, y se puso con disimulo como que había entrado á hacer oración. Saliósese de la iglesia sin que nadie le viese y se fué á la casa de un amigo y, contando lo que había, le encargó el secreto. Díjole también que fuese á ver lo que sus condiscípulos decían; y yendo á la hora de los estudios, encontró con los más de ellos y cada uno hablaba del desaparecimiento á medida de su talento. A pocos días el Marqués volvió las llaves y publicó todo el suceso, confesando que había ido á aquellos estudios por curiosidad y procuró desvanecerlos de allí adelante, agenciando al bachiller un empleo cuya ocupación le precisase á dejarlos».

Como vemos aquí ya no es el diablo sino un bachiller cualquiera el que lee la magia en la cueva de San Ciprián. Y, prescindiendo del anacronismo que pone en escena al Marqués en el año 1322, creemos que el verdadero origen de la leyenda se encierra en este relato.

Y no es extraño que los vascos que tan dados fueron siempre á lo sobrenatural y tan amigos de mezclar en todas sus cosas las influencias extrañas, atribuyeran á Axular esta hazaña que por otra parte estaba muy en armonía con la fama de hombre avisado de que disfrutaba entre sus paisanos.

No queremos insistir ni acumular más datos, para demostrar que la fábula es exótica en el país vasco. Los que gusten de leer esas cosas pueden hacerlo en la «Historia de las cuevas de Salamanca» de Botello de Moraes, quien varía la cifra de los discípulos, admitiendo á nueve en vez de siete.

«Estudio nigromanteso
de la cueva cypriana
y es opinión castellana
de nueve quedar un preso».

Puede también leerse al doctor Diego de Torres Villarroel, quien por ser de Salamanca, un poco doctor y un poco pícaro, es una autoridad en la materia.

Y, para terminar, no puedo sustraerme al deseo de anotar aquí el hecho que cita Soto (El 1. e. 8. art.º 2. q. 3) y que para mí sobrepaja en mucho á la fábula de que nos ocupamos en esto de engañar al demonio.

Se trata de un tal Fray Martín de Borox, fraile francisco, quien hallando al demonio en forma de acémila, y á la orilla de un río junto á Toledo, pasó en él y en medio del río le quiso ahogar, y el santo varón tirando del cordón con que le llevaba al cuello se sirvió de él para aquel paso del río y después le hacía traer piedras para el Monasterio de la Concepción de Toledo, que era entonces de frailes claustrales de San Francisco.

JOSÉ M.^a DE AZCONA.

